llarse contra los arrecifes en uno de los canales que conducen á la bahía de Madalena, cuando los pasajeros, para quien aquellos parajes son desconocidos, pierden ya toda esperanza de salvacion, ven aparecer un bote tripulado por dos hombres que visten el trage garibaldino, y este bote avanza á todo remo sobre las furiosas olas, conduce á puerto seguro á los que creian llegada su última hora y vuelve tranquilamente á Caprera. El lector habrá comprendido ya que los dos intrépidos marinos no son otros sino Garibaldi y su hijo Menotti. Yo presencié una escena como la que he descrito y oí referir muchos hechos semejantes en Madalena, donde, digámoslo de paso, se habla siempre del general con muestras del mas profundo respeto.»

En medio de sus quehaceres domésticos, Garibaldi no dejaba de interesarse por los asuntos públicos y la marcha política de su pais, pues algunas veces presentábase en Turin, tomaba asiento en la Cámara y presidia algunas juntas de patriotas. Despues de la muerte de Cavour, comenzó á ir con mas frecuencia y conferenció diversas veces con Ratazzi y Ricasoli, pero volvia bien pronto á su retiro, á fin de no verse mezclado en las intrigas con que trataban de comprometerle los políticos.

Tal era el método de vida de Garibaldi en Caprera, y tal fué su conducta hasta que el grito de Italia le llamó de nuevo á las armas.

CAPÍTULO XXX.

Agitacion en Italia.—Garibaldi hace sus preparativos para una nueva espedicion.—El pueblo se arma.—Política del gabinete italiano.—Intrigas de Francia.—Negociaciones diplomáticas.—Animosidad de los reaccionarios y de los franceses contra Garibaldi.

Durante 1862, llegó á su colmo la agitacion del pueblo en Italia, pues el llamado *partido de accion*, pedia la guerra para libertar á Roma y á Venecia, mientras que los conservadores deseaban alcanzar el mismo objeto por medio de la diplomacia. El rey de Italia trataba por todos los medios posibles, mas ó ménos indirectamente, de hacer un arreglo con el Papa para que este resignara en sus manos el poder temporal, ofreciéndole en cambio el apoyo necesario para que su autoridad eclesiástica estuviese representada con todo el esplendor que pudiera ambicionar un Pontífice.

Tambien se dió á entender al Papa que en el caso de una negativa, se veria obligado el rey á promover un revolucion enviando tropas á Roma, si por un convenio con el Emperador Napoleon se conseguia que este retirase su ejército. Era preciso que el Pontífice tomase una determinacion para principios de Febrero.

La *Gaceta de Turin* publicó una carta de Roma en la cual se de-

cia que acababa de reunirse un consistorio estraordinario en el Vaticano, al cual estaban convocados, no solo los cardenales sino tambien los ministros, para resolver si seria mas digno para el Papa resistir ó no, en el caso de que avanzasen las tropas italianas. Monseñor Merode, que se hallaba presente, tomó la palabra, declarándose por la resistencia, consejo que mereció el aplauso de la Asamblea, pero el Papa anunció entonces que obraria segun creyese mas conveniente.

Los diplomáticos de Italia se pusieron luego en comunicacion con Paris por conducto del príncipe Napoleon: el Emperador deseaba que el Papa corrigiese los abusos que se cometian en su reino, retirando desde luego su apoyo al brigandage que el ex-rey de Nápoles organizaba en Roma bajo los auspicios del Gobierno. Entre estos brigantes, habia pocos que fuesen naturales de los Estados Pontificios; algunos eran napolitanos, los mas de ellos procedentes de la Sicilia continental, y contábanse tambien muchos austriacos, bávaros, suizos belgas y españoles. Todos ellos alegaban que hacian la guerra para servir la santa causa de la Iglesia y del rey, y bajo este pretesto, cruzaban las fronteras, cometiendo terribles escesos, sin ejemplar, ni aun en los anales de la historia de Nápoles. Los incendios, los sacrilegios, los asesinatos, el pillage y el saqueo, eran cosas corrientes entre aquellos bandidos, y aun cuando las tropas francesas no intervinieron directamente, el Emperador Napoleon aconsejó al Papa que pusiera coto á semejante escándalo, y que procurase tener un buen Gobierno para que no fuera necesaria la permanencia de un ejército estrangero en Roma. A estas advertencias se contestó con la acostumbrada frase: *non possumus*.

Al principiar el año, el príncipe Napoleon puso en juego toda su influencia en Paris para que se hiciese algo en favor de la unidad italiana, y entre otras cosas, presentó en el Senado una enmienda concebida en estos términos: «El Senado ha visto con profundo sentimiento que la córte de Roma no se ha dignado acoger favorablemente las proposiciones hechas por Francia en su despacho del 18 de Enero.» La Cámara insistió en que se retirase esta enmienda, y solo Mr. Troplong consistió en que se hiciese sobre este punto una ligera

indicacion en el próximo mensaje, atendido que la enmienda del príncipe encerraba una queja formal.

Bien pronto llegó á ser evidente que el Gobierno de las Tullerias no haria ni permitiria hacer nada decisivo: el cardenal Antonelli declaró por entonces, como si lo creyese en efecto, que *el Sumo Pontifice estaba en la mejor inteligencia con el pueblo italiano*, y esto produjo profunda indignacion en Italia, principalmente en el norte, dándose el caso, segun cierto periódico, de que 24000 ciudadanos firmasen en la capital de Lombardia una protesta contra semejante declaracion. Asi pues, tanto en Roma como en Turin y Paris, complicábanse cada vez mas los negocios, y exasperados los italianos, era de esperar que recurriesen á las armas aquellos que, con alguna impaciencia, si bien animados de un espíritu patriótico, deseaban realizar la unificacion de todas las partes de la península. Predominaba en Europa, por otra parte, la opinion de que el Emperador, desistiendo de la ocupacion en Roma, ayudaria á Víctor Manuel á conquistar á Venecia, mediante *una nueva concesion de territorio italiano*, creencia que se generalizó mas cuando la prensa francesa publicó varios artículos, indicando que era preciso contener al partido de accion en Italia y sofocar la ambicion del nuevo reino. El *Pais*, entre otros, aseguraba que Génova era *una guarida de Mazzinianos que convenia suprimir cuanto ántes*, combatiendo al propio tiempo las ideas ultra-liberales, y este mismo periódico dió á luz en el mes de Julio un artículo en el que se leian estas palabras: *conviene vigilar á Roma, pero en cuanto á Génova, es preciso desarmarla y reducirla á la impotencia*. Al mismo tiempo, el Gobierno francés permitió que otros diarios anunciasen que, con tal que Garibaldi no promoviese prematuramente la guerra, Napoleon contribuiria á la realizacion del gran objeto que se proponia aquel, ó cuando menos, no se opondria. He aquí porque la *Independencia* publicó impunemente el siguiente artículo.

«¿Qué hará Garibaldi? Censurado por el rey, por el Gobierno, y por la representacion legal del país, ¿se resignará á desistir por ahora de la realizacion de sus mas queridas esperanzas? Creemos que sí: y no porque estas censuras puedan desprestigiarle, sino porque debe com-

prender que cuanto mas popular sea y mejor le secunden las masas, tanto mas le obligan los intereses de Italia á proceder con prudencia para no esponer á la nacion á una funesta guerra civil. No dudamos pues, que en esta ocasion triunfarán las autoridades constitucionales, pero semejantes victorias no se alcanzan dos veces, y si Mr. Ratazi espera ejercer aun mucho tiempo su influencia en la opinion pública, debe buscar en la misma agitacion que ahora promueve, una fuerza moral suficiente para conseguir que el movimiento de Italia produzca por los medios legales el resultado apetecido. Es preciso que induzca á Francia á prestarle su apoyo para resolver la interminable cuestion romana, ó que la resuelva por sí mismo, aunque sea contra el parecer de aquella potencia, pues de lo contrario, caerá del poder vergonzosamente por haberse sometido á las influencias estrangeras. La eleccion de un ministro que se halla al frente de una nacion de 25.000,000 de habitantes, no puede ser dudosa en esta alternativa.»

En concepto del ex-Dictador y sus amigos, el estado de cosas en Italia, habia llegado á ser el mas apropósito para hacer otro esfuerzo á fin de librar de la opresion á las provincias italianas, y por lo tanto, comenzó Garibaldi á escribir manifiestos y pronunciar discursos, visitando de paso diversas poblaciones, de tal modo que se creyó en Europa, á juzgar por el entusiasmo público, que todos se levantarian en masa para seguir al héroe. Cavour habia muerto; Ratazi, primer ministro de Víctor Manuel, no tenia el tacto, la resolucion y profundos conocimientos de su predecesor, y en concepto de Garibaldi y de otros muchos italianos, no era sino un juguete de Napoleon. Asegúrase que Ratazi, obedeciendo á ciertas indicaciones del Emperador de Francia, propuso á Víctor Manuel que desterrára á Garibaldi á Caprera, donde deberia permanecer como prisionero bajo palabra, y que el rey de Italia escribió entonces al ex-Dictador, encareciendole que modificase sus planes, pues en caso contrario, estaba dispuesto el ministro á retenerle como prisionero en su isla. Exagerado ó no, este rumor, propagado primeramente por la *Gaceta de Colonia*, el hecho es que Garibaldi recibió alguna comunicacion oficial, humillante á no dudarlo para su dignidad y su honor, asi como

tambien para Italia, pues resolvió llevar á cabo sus planes, y lanzó de nuevo su grito de guerra.

Ciertos escritores se quejan de que los hechos de armas llenan inútilmente las páginas de la historia, pero debe tenerse en cuenta que es muy justo que el guerrero figure en primer término en aquella porque ha influido en toda época en la vida de las naciones. ¿Qué seria ahora Italia si Garibaldi no hubiese escitado el entusiasmo de sus hijos para llevar á cabo tan grandes empresas? Una nacion oprimida que no quiere luchar, no puede esperar nunca ser libre, y la que lo es, y desprecia las virtudes militares, llegará á ser presa del invasor. Asi en los tiempos antiguos como en los modernos, Italia ha estado destinada á ser el gran teatro de la guerra, y aquel que escriba su historia ó la de sus opresores y libertadores, debe referir los hechos de armas.

En el verano de 1862, el *partido avanzado* de Italia, especialmente en el norte, hizo sus preparativos para una lucha que en su concepto le debia ser favorable.

La *Sociedad de Emancipacion*, segun se llamaba, tenia ramificaciones en toda la Italia, y su influencia con el partido del pueblo era formidable. Véase ahora el manifiesto que el comité ejecutivo dirigió en aquella ocasion á las sociedades afiliadas:

«Nos ocupamos actualmente en la formacion de un comité de hacienda que deberá recurrir á las clases acomodadas á fin de reunir un fondo para la democracia de Italia, pero entre tanto nos vemos en la precision de dirigirnos á las asociaciones, á fin de prevenirles recojan la suma de un franco por cada miembro, además de la cuota fijada por el artículo 17 de los estatutos, debiendo advertir que este adelanto se hace solo por una vez. La cantidad que se recaude constituirá un suplemento al fondo destinado para libertar á Roma y Venecia, y si las asociaciones desean la realizacion de sus mas queridas esperanzas, es preciso que hagan este pequeño sacrificio; lo pedimos en nombre de nuestro pais. Encargamos muy especialmente al comité directivo que adopte cuantas medidas crea necesarias al efecto, y tenemos en él demasiada confianza para dudar que lo hará así. Tan pronto como esté recogido el dinero, cada comité lo remitirá á M. An-